

Recuerdo de Ingmar Bergman

Ventanas del alma

Nadie discute que Bergman es el auténtico autor del cine, el que escribe y rueda sus películas de la forma que quiere, apartado de las vanidades y obsesiones comerciales de la industria. Pero de niño no sólo jugaba con el proyector al que llamó Linterna mágica, sino también con un teatro de marionetas. 50 películas es una gran producción para cualquier cineasta (al menos a partir de la caída del sistema de estudios) pero Bergman también dirigió más del doble de ese número de producciones teatrales. Más tarde diría que el teatro es un "leal esposa" y al cine su "amante cara". (...)

Las primeras películas de Bergman eran historias sombrías sobre almas torturadas, pero el éxito internacional le llegó con el trío *Juegos de verano*, *Un verano con Mónica* y *Sonrisas de una noche de verano*. El verano sueco es corto e intenso y Bergman responde a ese fenómeno resaltando cómo la luz y el calor traen el abandono sexual y el amor febril y cómo el invierno vuelve a sumir a sus personajes en la introspección y la desilusión. La falta de pudor del cineasta en este territorio le hizo muy atractivo para un público de posguerra que salía de la austeridad moral y material de la guerra y estas películas prepararon el terreno para los desafíos posteriores: *Fresas salvajes* y *El séptimo sello* (...)

Con sus credenciales de arte y ensayo aseguradas y la experiencia teatral que le proporcionaba fluidez dramática y un grupo de actores extraordinarios, Bergman pudo expandir su empleo de la cámara. Pero en lugar de pedir grandes presupuestos, él y el operador Sven Nykvist se entregaron a describir el mundo interior. En su trilogía de la angustia humana, definida como enfermedad mental (*En un espejo oscuro*), pérdida de fe (*Los comulgantes*) o tormento sexual (*El silencio*) acentuó el uso de los primeros planos. Para Bergman el rostro humano era el mejor paisaje. Con *Persona* llegó hasta el final e incluso quemó el fotograma cuando las palabras no fueron suficientes. Pero tras el audaz uso del color en *Gritos y susurros*, Bergman relajó su estilo hasta llegar a las engañosamente simples imágenes de la serie de televisión *Escenas de un matrimonio*, en las que los actores lo son todo. Su intención de llegar a un público amplio mediante la televisión tuvo un enorme éxito en los países escandinavos, donde se dice que la emisión de la serie aumentó la tasa de divorcios.

Bergman anunció un retiro prematuro tras *Fanny y Alexander* y después disculpó sus obras posteriores como "piezas para televisión". Pero todas guardan sorpresas. (...) En sus últimos años, aislado en su isla, con la vista y las piernas fallando, se sentaba a escuchar música clásica, para él la forma de arte más misteriosa y sublime y el único signo de la presencia divina aceptable. Adecuado es que una de sus grandes películas sea *La flauta mágica*, la ópera que combina el arrobó infantil, las dudas adultas y una música sublime.

David Thompson, *Sight and Sound*, octubre 2007.